

seguro para alcanzar la bienaventuranza (1),—buscaríamos la Orden religiosa de más estrecha observancia, y postrados en tierra, anegados en llanto, suplicaríamos al prelado de la misma nos admitiera por amor de Dios en aquella santa casa, no en calidad de hijos espirituales—pues no lo merecíamos,—sino para emplearnos en los servicios más penosos y repugnantes y ser el último de los siervos (2). Admitidos en la Religión, que es *puerta del cielo* (3), no es fácil imaginar los prodigios de santidad que obraríamos en ella; la profunda humildad que informaría todos nuestros actos; la abrasada caridad con que serviríamos á las religiosas, tan amadas de Cristo; la puntual observancia de las santas Constituciones, camino real del cielo, cerrado para nosotros hasta entonces; la obediencia con rendimiento de voluntad y de juicio, aun á las más ligeras indicaciones de nuestros superiores; la mortificación y penitencia con las cuales *reduciríamos nuestro cuerpo á servidumbre*, á imitación de San Pablo (4), y sobre todo, ¡con qué hambre espiritual, con qué deseos tan vehementes ensancharíamos los senos de nuestro corazón (5) al acercarnos al celestial banquete para recibir en nuestro pecho con transportes de amor al regalado Jesús, y engolfarnos en el caudaloso manantial de sus misericordias (6), puesto que nos había mostrado tan pasmosa predilección! ¡¡Qué ratos tan deliciosos pasaríamos con Él, jurándole amor y fidelidad hasta la muerte y ofreciéndonos á padecer y ser despreciados y perseguidos y despedazados por su amor!!...

Naturalmente había de llegar un día de honra y exaltación para los humildes, según la sentencia de Cristo (7); día

(1) Prov., XXI, 28; Hebræ., XIII, 17.

(2) Luc., XV, 19.

(3) Génes., XXVIII, 17.

(4) I. Corinth., IX, 27.

(5) Psal. XLI, 2; Psal. LXXX, 11.

(6) I. Paral., XVI, 34; Psal. CXLIV, 9; Jerem., XXXIII, 11.

(7) Job, XXII, 29; Luc., I, 52; Luc., XIV, 11.

de inmenso gozo y santa emulación para la Comunidad (1), edificada por nuestro ejemplo, asombrada de nuestro fervor. Aludo, hermanas mías, al día solemne de nuestra profesión religiosa; día de gozo para los ángeles (2) y de indeleble recuerdo para nosotros, pues con la emisión de los votos nuestra alma quedaría enteramente limpia de toda mancha de pecado, reconciliada con Dios y admitida en el tálamo nupcial de las esposas de Cristo, y esta sería la mayor gloria y felicidad que podíamos desear en esta vida. Honrados con el santo hábito de la Orden, y para agradecer á Dios las imponderables gracias y mercedes que de su bondad habíamos recibido sin merecerlo, nuestra vida en lo sucesivo sería un dechado de virtudes, un portento de fervor y santidad. Desde entonces nada creeríamos merecer; todo nos vendría ancho; nos creeríamos indignos de que los demás pusieran los ojos en nosotros; indignos de sentarnos á la mesa con nuestros hermanos; indignos de llevar el santo hábito, siquiera fuese el más viejo de la casa; indignos de llamarnos religiosos, nosotros que habíamos tenido por compañeros á los demonios y por padre á Lucifer (3)... Y ¿por qué todo ello, hermanas mías? ¡Ah!, porque llevaríamos impreso en el alma con caracteres de fuego el recuerdo de las justicias de Dios (4); porque tendríamos siempre delante de los ojos, como el real Profeta, el pecado que habíamos cometido (5) y los horribles tormentos que habíamos padecido en el infierno, y que Dios ha preparado en aquel lugar de desorden, de maldición y de olvido (6) para los que tienen la desgracia de cometer el pecado mortal y morir impenitentes (7).

¿No es verdad, hermanas mías, que este relato nos con-

(1) I. Corinth., XII, 31.

(2) Luc., XV, 7.

(3) I. Joann., III, 8.

(4) Eccli., IV, 33.

(5) Psal. L, 5; S. Ambros., Apologet., cap. 9.

(6) Job, X, 22; Psal. LXXXVII, 13.

(7) Joann., VII, 34; Rom., XIII, 2.

mueve y llena de espanto?... ¿No es cierto que nunca habíamos meditado sosegadamente esta verdad, capaz de obrar una mudanza, una conversión radical en el pecador más contumaz y empedernido?... Pues si hemos pecado gravemente alguna vez, nos hemos hallado en inminente peligro, no de ser arrojados al infierno para salir de él más ó menos pronto—cosa imposible (1),—sino de ser sepultados en él para siempre. Por tanto, más amor nos ha mostrado Dios librándonos de caer en el infierno, que si nos hubiera sacado de él, cosa, como dije, imposible. Sirva á lo menos este pensamiento de eficaz estímulo que logre encender el fervor en nuestras almas, frías tal vez, como frío y satisfecho vivía el Profeta David, enemistado con Dios, hasta que le contaron una historia que logró impresionarlo vivamente. Voy á referíroslo en dos palabras. Leemos en el libro segundo de los Reyes, que el Profeta David, rey de Jerusalén, tuvo la desgracia de cometer dos pecados gravísimos que escandalizaron á toda la nación, y así permaneció un año insensible á los remordimientos de su conciencia, y ¡quién sabe el tiempo que habría vivido en ese estado miserable si la misericordia de aquel mismo Señor ofendido no hubiera movido su corazón á penitencia! En efecto: mandó Dios al profeta Natán que se presentara al rey y le recordase los crímenes que había cometido, para que se arrepintiese é hiciese penitencia. Hízolo así el profeta valiéndose de una ingeniosa parábola, en la cual indirectamente echóle en cara la enormidad de sus crímenes, intimándole á la vez todos los castigos que la justicia divina le tenía preparados. David, al verse recriminado en aquel relato, levantóse de su trono, y arrojándose en el suelo, transido de dolor su corazón, exclamó: *¡Pequé contra el Señor!* Al punto díjole Natán: *También el Señor, que ve tu dolor, te*

(1) Respons. Eccles.

*ha perdonado* (1). David lloró sus pecados mientras le duró la vida; lo dicen con elocuencia los ciento cincuenta salmos que compuso, llenos de amor y de lágrimas.

Como veis, el profeta Natán valiése de una parábola para despertar en el corazón de este rey sentimientos de compunción por los pecados cometidos. Yo me he valido, no de una parábola, sino de una máxima saludable consignada en las Santas Escrituras, la cual nos aconseja que, *mientras vivimos en el mundo, conviene que bajemos con la consideración al infierno* (2) que hemos merecido por nuestros pecados; y si esta consideración, tan veraz como espantosa, no nos mueve á emprender una vida fervorosa ajustada á nuestros deberes respectivos, difícilmente podrá lograrlo ninguna otra. «¡He »pecado!, ¡he ofendido á Dios gravemente!, y por tanto, he »vivido en inminente riesgo de morir enemistado con Él y »ser arrojado á los infiernos por toda la eternidad; pero el »Señor, por su bondad infinita, ha conservado mi vida para »que le sirva con fervor en el estado religioso, y ¡ay de mí!, »si no correspondo dignamente á este amoroso llamamiento...» ¡Ay de nosotros!, hermanas carísimas, *si oyendo hoy la voz de Dios* (3), que nos llama como Padre cariñoso para que despertemos del peligroso letargo de la tibieza en que vivimos quizá largo tiempo (4), proseguimos, no obstante, duros é insensibles á la gracia y á la misericordia (5); porque en tal caso—inconcebible en una esposa de Jesucristo—caería sobre nosotros este pavoroso anatema lanzado por Dios á los ingratos que desprecian sus gracias y pisotean sus mercedes: *Os llamé y no respondisteis: pues yo también me reiré en vuestra muerte, y os escarneceré cuando vinieren sobre*

(1) II. Reg., XII, 13.

(2) Psal. LIV, 16; Eccli., VII, 40.

(3) I. Reg., XII, 15; Hebræ., III, 7.

(4) Rom., XIII, 11.

(5) Psal. XCIV, 8; Rom., II, 5.

*vosotros la tribulación y la angustia* (1). Si meditáramos, repito, sosegadamente esta verdad, la gracia del Espíritu Santo obraría en nuestras almas verdaderos prodigios. Entonces, profundamente agradecidos á Dios, emprenderíamos una vida de abnegación y de fervor, semejante á la que llevaron los Santos, á pesar de haber conservado limpia toda su vida la estola de la inocencia muchos de ellos; entonces, lejos de resentirnos por las injurias y desprecios, nos gozaríamos en ellos y profesaríamos especial amor á quien nos injuriase; entonces buscaríamos con empeño los oficios ó empleos más humildes, la comida más pobre y el hábito más viejo y desechado; entonces, en vez de fomentar nuestro amor propio con alabanzas y lisonjas, huiríamos de ellas como se huye de una alimaña ponzoñosa para evitar que nos inocule su veneno; entonces nos acercáramos á comulgar humillados como viles gusanillos, pero al mismo tiempo abrasados de amor como serafines, y el fruto de estas comuniones sería maravilloso, y cada uno de nosotros un dechado, un modelo de virtud que Dios miraría complacido y las gentes del siglo con veneración y con envidia, y ésta sería una señal evidente de predestinación. ¡Mil veces dichosa y bienaventurada la Comunidad que logra poseer en su seno una joya semejante!...

Hermanas mías muy amadas en Jesucristo: quizá he contristado vuestro espíritu con las vivas reflexiones que tan copiosamente suministra la atenta consideración de este saludable pensamiento. Mas como quiera que esta tristeza es según Dios, en vez de arrepentirme de ello, me doy el parabién imitando al Apóstol, porque ella os induce á la práctica de la penitencia y del fervor (2). Vamos, pues, á adquirir estos bienes con la ayuda de Dios. La vida pasa como un

(1) Psal. II, 4; Prov., I, 24.

(2) Joann., XVI, 20; II. Corinth., VII, 8-9.

sueño (1); llegará la muerte, y entonces nadie podrá hacer lo que querría haber hecho, dice el Evangelista San Juan (2). Ahora son benignamente escuchadas nuestras súplicas. *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán*, nos dice Jesucristo (3). *Ahora es tiempo aceptable* (4); ahora se nos brinda con el perdón, con la gracia, con la misericordia. Jesús, enamorado Esposo de nuestras almas, nos está mirando á través del misterioso velo de los accidentes (5) lleno de piedad y de amor, esperando una súplica de nuestro corazón, una lágrima de nuestros ojos, siquiera una mirada amorosa para arrojarse en nuestros brazos y hacernos suyos para siempre. Mas antes preparemos nuestro corazón para recibirle como merece.

Me parece á mí que el mejor modo de preparar nuestro corazón consiste en sacudir de él la tibieza en el divino servicio. Creedme, hermanas: si Jesucristo pudiera sentir pena del agravio que le infiere la religiosa que se contenta con no ofenderle gravemente, la sentiría muy profunda al ver á una esposa suya en brazos de la tibieza, porque no la puede sufrir, hasta el punto de inspirarle asco quien la posee (6). Uno de los síntomas que indican la existencia en el alma de esta enfermedad, es la asombrosa facilidad con que comete el pecado leve voluntario. Ciertamente que el alma tibia no quiere condenarse, y por ello se guarda de cometer el pecado grave; pero no es menos evidente que su modo de proceder con Dios la hace indigna de las gracias especiales que Él concede sin tasa á las almas fervorosas; y sin estas gracias, sin estos auxilios especiales que Dios á nadie debe de justicia, difícilmente podrá el alma aspirar á la perfección de su estado, ni practicar en toda su integridad los consejos evan-

(1) Job, VII, 7.

(2) Joann., IX, 4; Galat., VI, 10.

(3) Matth., VII, 7; Marc., XI, 24; Luc., XI, 9.

(4) II. Corinth., VI, 2.

(5) Cant., II, 9.

(6) Apocal., III, 16.

géticos, como nota Santo Tomás (1), ni resistir las graves tentaciones del enemigo, ni lograr esa *abundancia de paz* que caracteriza á los fieles servidores de Cristo (2), ni ser fiel por mucho tiempo á la divina vocación. Repito que estas almas no quieren condenarse, pero andan *por un camino que*, como dice el Espíritu Santo, *al necio se le figura acertado* (3), y no obstante, *conduce á la ruina* (4).

Para evitar esta desgracia—la mayor que puede acontecernos,—comencemos examinando reposadamente nuestra conciencia, y si nos arguye de algún pecado de los que habitualmente y sin remordimiento solemos cometer, sea él la materia del examen particular y de nuestras más fervientes súplicas en la oración, hasta que logremos arrancarlo del corazón, ayudando Dios que nunca falta, dice Santa Teresa. No dejemos nunca la oración por nada de este mundo, porque «este es el oficio de las religiosas», escribe la Santa (5); procuremos mortificar los sentidos del cuerpo, sobre todo los ojos y la imaginación; ejercitémonos todos los días en la humildad, tan amada de Cristo (6), y estaremos muy lejos de faltar á la caridad con nuestros prójimos. En una palabra, desprendamos el corazón de todo lo terreno y consagrémoslo entero á Dios, que suyo es; entonces lo aceptará de buen grado para derramar en él sus misericordias y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad.

- 
- |                                 |  |
|---------------------------------|--|
| (1) Quodlib., IV, art. 23.      | (5) Camino de perfec., cap. 23.          |
| (2) Psal. CXVIII, 165.          | (6) Psal. CXII, 6; Prov., III, 34;       |
| (3) Prov., XII, 15.             | Isai., LXVI, 2; Jacob., IV, 6; I. Petr., |
| (4) Prov., XIV, 12; Prov., XVI, | V, 5.                                    |
| 25; Isai., LV, 8.               |  |



## DEVOCIÓN Á MARÍA

---